

H.G. WELLS, *El país de los ciegos*

Traducido por María del Pilar Romero del Río

A poco más de trescientas millas del Chimborazo, a cien de las nieves del Cotopaxi¹, en los territorios más agrestes de los Andes de Ecuador, se encuentra un misterioso valle de montaña, separado del resto de los hombres: el País de los Ciegos. Hace muchos años el valle resultaba franqueable pero tan lejano del mundo que los hombres sólo podían llegar, al fin, a través de temibles gargantas y por un puerto de montaña helado; alcanzar las uniformes praderas, y, en efecto, los hombres llegaron: una familia o dos de mestizos peruanos que huían de la codicia y tiranía de un perverso gobernante español. Entonces tuvo lugar la formidable erupción de Mindobamba, cuando se prolongó la noche durante diecisiete días en Quito y el agua hervía en Yaguachi y flotaban los agonizantes peces llegando hasta Guayaquil, por doquier en las laderas del Pacífico hubo corrimientos de tierra y repentinos deshielos y rápidas inundaciones, y todo un costado de la cresta Arauca se deslizó y bajó atronando, y dejó el País de los Ciegos aislado para siempre de los pies exploradores de los hombres. Pero uno de aquellos primitivos colonos, por un casual, quedó en el lado de acá de las gargantas cuando el mundo se agitó tan terriblemente y, a la fuerza, tuvo que olvidar a su hijo y a su esposa, a todos sus amigos y posesiones que había dejado allá arriba y comenzar una nueva vida en el mundo de aquí abajo. Comenzó de nuevo, pero enfermo; le sobrevino la ceguera y murió por los trabajos forzados en las minas, pero la historia que él relató dio origen a una leyenda que permaneció y permanece por toda la extensión de la cordillera de los Andes hasta hoy.

Contó sus razones para aventurarse a salir de aquel yermo al cual fue llevado por primera vez, atado en un fardo a lomos de una llama, con otros pertrechos, cuando era niño. El valle —decía— tenía todo cuanto el corazón del hombre podía desear: agua dulce, pastos y clima uniforme, lomas de suelo marrón y fértil, con marañas de un arbusto que daba unos frutos excelentes, y, a un lado, pinares colgantes que mantenían en lo alto los aludes, por allí encima, en tres lados, grandes acantilados de roca gris verdoso coronados de hielo, pero la lengua del glaciar no llegaba a ellos sino que fluía en lugar apartado, en pendientes más remotas, y sólo de vez en cuando enormes

1 Siempre que hemos leído este comienzo tan rítmico y pausado en la forma y en el fondo, donde se dan con toda naturalidad, pero con indiscutible intencionalidad los nombres del Chimborazo y del Cotopaxi, ha venido a nuestra mente el poema de Walter James Turner, titulado **Romance** de su libro **Come Hither**:

When I was thirteen or so/ I wento into a golden land./ Chimborazo, Cotopaxi./ Took me by the hand./ My father died, my brother too;/ They passed like fleeting dreams/ I stood where Popocatepetl/ In the sunlight gleams/ I dimly heard the master's voice/ And boys far off heard / There played/ Chimborazo, Cotopaxi/ Had stolen me away/ I walked into a great golden dream/ To and fro from school/ Shining Popocatepetl the dusty streets/ Did rule./ I walked home with a bold dark boy/ And never a word I said./ Chimborazo, Cotopaxi/ Had taken my speech away/ I gazed in trance upon his face/ Fairer than any flower./ Oh, shining Popocatepetl/ It was thy magic hour./ The houses, people, traffic seemed/ Thin fading things by day./ Chimborazo, Cotopaxi/ They had stolen my soul away.

masas de hielo caían por el lado del valle. En el valle ni llovía ni nevaba, pero los abundantes manantiales daban un pasto rico y verde que el riego extendía por todo el ámbito del valle. Los colonos prosperaban allí. Sus ganados crecían bien y se multiplicaban, pero una cosa ensombrecía su felicidad, incluso era suficiente para impedirla casi totalmente. Una extraña enfermedad les había sobrevenido haciendo que todos los niños que les nacieron allí, y varios niños mayores también, fuesen ciegos. Fue para buscar algún hechizo o antídoto contra la plaga de la ceguera por lo que él, con fatiga, riesgo y dificultad había vuelto a bajar el desfiladero. En aquellos días y en tales casos los hombres no pensaban en gérmenes o infecciones sino en pecados y le pareció que la razón para esta afección debía de hallarse en el descuido de aquellos emigrantes sin sacerdote para levantar una capilla o santuario en cuanto entraron en el valle. Él quería que se erigiera una capilla modesta, bonita y eficaz en el valle; necesitaba reliquias o cosas con ese potencial de fe: objetos benditos, misteriosas medallas y oraciones. En su cartera, cuando salió del valle, llevaba un lingote de plata del lugar, del que no quería dar cuenta, insistía en que no había ninguno más en el valle, con algo de esa insistencia de un embustero inexperto. Dijo que todos habían fundido sus adornos y dinero, teniendo poca necesidad de tales tesoro allá arriba, y que aquello era para comprar una ayuda sagrada contra su mal. Me imagino al joven montañero de ojos nublados, flaco, quemado por el sol y ansioso, asiendo con fuerza el ala de su sombrero; un hombre poco acostumbrado a los modos y costumbres del mundo de aquí abajo, contándole la historia a algún sacerdote de aguda y penetrante mirada, antes de la gran conmoción. Puedo imaginármelo poco después tratando de volver con remedios santos e infalibles contra aquella calamidad y el infinito desasosiego y desilusión que debió afrontar al encontrar el obstruido lugar por el que en un tiempo se abrió el desfiladero. Pero el resto de las desgracias se ha perdido para mí, salvo lo que sé de su trágica muerte, después de varios años. ¡Pobre extraviado de aquellos parajes! El arroyuelo que había horadado la garganta brotaba ahora de una cueva rocosa y la leyenda de la pobre y mal narrada historia seguía dando lugar a una leyenda de una raza de hombres ciegos por algún lugar de allá arriba y aún se escucha hoy. Y en la pequeña población del ahora aislado y olvidado valle, la enfermedad siguió su curso: los viejos se volvían torpes y cegatos; los jóvenes no veían sino muy borrosamente y los niños que les nacieron allí no llegaron a ver nunca. Pero la vida era muy fácil en aquella cubeta bordeada de nieve, perdida para todo el mundo, sin zarzas, ni espinas, sin insectos dañinos, sin bestias salvo las mansas llamas que, cargadas y empujadas, siguieron el curso de los menguados arroyuelos por las gargantas por las que ellos habían llegado. Los videntes habían ido perdiendo la vista de una manera tan gradual que apenas notaron la pérdida, guiaban a los más jóvenes invidentes de acá para allá, hasta que conocían todo el valle perfectamente y, cuando, al fin, la vista se desvaneció entre ellos la raza siguió viviendo... Incluso hallaron tiempo para acostumbrarse a controlar el fuego a ciegas, lo que ellos hacían cuidadosamente en hornos de piedra. Al principio fueron una raza simple pero con los rudimentos de la civilización española, y algo de las tradiciones de las artes del Perú. Generación tras generación olvidaron muchas cosas. La tradición del mundo mayor del que procedían se convirtió en algo mítico e incierto. En todo, salvo en la vista, eran fuertes y capaces y, pronto la coyuntura de herencia y nacimiento dio origen a uno que tenía una mente original, que sabía hablar y persuadirlos, y entonces nació otro. Estos dos pasaron dejando su huella en la pequeña comunidad, y la pequeña comunidad crecía en número y entendimiento y vieron que surgían problemas sociales y económicos. Las generaciones se sucedieron. Llegó un tiempo en que un recién nacido llevaba por detrás quince generaciones desde aquel antepasado que salió del valle con un lingote de plata para buscar la ayuda de Dios y que nunca volvió por ahí.

Aconteció que un hombre llegó a esta comunidad desde el mundo exterior, y ésta es la historia de ese hombre. Era un montañero de las proximidades de Quito, un hombre que había estado en la

mar y había visto mundo, un lector de libros en una manera muy particular, un hombre agudo y muy emprendedor, fue contratado por un grupo de ingleses que había venido hasta Ecuador para escalar montañas y lo tomaron para sustituir a uno de los tres guías suizos que había caído enfermo. Escaló por aquí y por allá y llegó el intento de subir al Parascotopetl, el Matterhorn de los Andes², en el cual se perdió para el mundo exterior. Su historia ha sido escrita una docena de veces. La narración de Pointer³ es la mejor. Cuenta cómo la expedición hizo una difícil y casi vertical escalada hasta el mismo pie del mayor precipicio, cómo de noche construyeron un pequeño refugio nocturno entre la nieve, sobre un pequeño montículo de rocas, y, con un toque de auténtico poder dramático, cómo descubrieron enseguida que Núñez había desaparecido. Gritaron y no hubo respuesta, gritaron y silbaron y durante el resto de aquella noche no durmieron más.

Al romper el día vieron las huellas de su caída. Parece mentira que no pudiese emitir un sonido... Se había deslizado hacia el Este, hacia el lado desconocido de la montaña, mucho más abajo había topado con una empinada cuesta de nieve y dejado surcos deslizándose hacia abajo en medio de una avalancha de nieve. Su huella iba derecha hacia el borde del temible precipicio y más allá de eso, todo era un misterio. Mucho, mucho más abajo y borroso por la distancia pudieron ver árboles que se alzaban en un estrecho y cerrado valle. El perdido Valle de los Ciegos. Pero no sabían que era el perdido Valle de los Ciegos, ni lo distinguían de cualquier otra extensión de valle de montaña; desolados por el desastre, abandonaron el intento por la tarde, y Pointer fue llamado a filas antes de que lo intentasen otra vez; hasta hoy el Parascotopetl alza su cresta nunca conquistada y el refugio de Pointer se derrumba olvidado entre las nieves.

2 Por otra parte hemos de considerar la realidad y la asombrosa belleza de las montañas aludidas, cuya más que probable visión causaría una indeleble impresión en el alma creadora y poética de Wells y del autor del poema que hemos transcrito. **El Chimborazo** es una cumbre de 6272 metros de altura, en los Andes ecuatorianos. Es un volcán inactivo, tiene una gran cúspide circular que domina el ramal occidental de la cordillera andina en la provincia de Chimborazo, la cumbre está cubierta por un casquete glaciar de 16 lenguas. Domina una zona desértica cubierta de lava y escorias volcánicas. La primera ascensión a la cima la efectuó el inglés Whymper y los guías italianos Juan Antonio y Luis Carrell en enero de 1880.

En cuanto al **Cotopaxi** tenemos que es un volcán activo de Ecuador, de 5943 metros de altura. El cono actual se eleva sobre un elemento de lava antigua. En el siglo XVIII devastó Quito y Catacunga. Situado en la cordillera Central de los Andes, al sur de la provincia de Cotopaxi. La primera ascensión al Cotopaxi fue efectuada por el geólogo alemán W. Reid y Escobar en 1872.

3 En cuanto a la importante referencia a una montaña denominada por Wells **Parascotopetl** y la erupción o movimiento sísmico de **Mindobamba**, hemos de decir que durante muchos años, e indudablemente debido a nuestra ignorancia sobre topónimos y, en general, sobre geografía de América del Sur, creímos que el Parascotopetl era tan real como el Chimborazo o el Cotopaxi, o las desoladas extensiones de los Andes de Ecuador. Ahora, al emprender la traducción de este relato, durante muchos años admirado y releído, hemos querido comprobar lo real de los topónimos y no les hemos hallado montaña en mapa alguno con el nombre de Parascotopetl, ni en los índices de topónimos de los atlas de Hispanoamérica. La comparación que establece Wells con el Matterhorn (Cervino en Italia, Jungfrau, en la vertiente suiza). Todos estos datos tan precisos y verídicos me llevaron a creer en la existencia de otro gigante de la cordillera andina; también, como era de prever, resultó infructuosa la búsqueda de un montañero o explorador que llevase por apellido Pointer: nadie, ¡Y menos un personaje real! Podría haber escalado una montaña inexistente. Todo ello: en un principio dar datos fidedignos y exactos de la topografía del lugar, predispone, indudablemente, a una prolongada y profunda actitud de *Suspension of Disbelief* y para así poder dotar al cuento de una base de realidad o marco de verdad; de ese modo el tercer monte es aceptado desde el principio y más aún si consideramos su similitud fonológica con el gran volcán próximo a la ciudad de México, el Popocatepetl, y mucho más aún si en nuestra mente resuena el ya citado poema de W. J. Turner, donde el Popocatepetl es un tercer elemento de fascinación y fantasía desbordante del poeta. Tampoco hemos conseguido hasta ahora recabar información sobre una hipotética erupción de **Mindobamba**. Seguramente nos hallamos ante un elaborado despliegue de H.G. Wells para llevar al ánimo y actitud del lector al terreno que más conviene para el florecimiento y posterior fertilidad de la habilidad y destreza de un contador de historias imperecederas.

Y el hombre que había caído sobrevivió. Al llegar al final de la cuesta cayó unos mil pies y bajó en medio de una avalancha de nieve sobre una cuesta aún más escarpada que la anterior. Bajando ésta se sintió mareado, se golpeó y quedó inconsciente, pero sin un hueso roto, y luego, al fin, llegó a pendientes más suaves y dejó de rodar, enterrado por un blando montón de masas blancas que le habían acompañado y salvado; volvió en sí con la vaga fantasía de que estaba enfermo en la cama, entonces se dio cuenta de su situación con la inteligencia de un montañero y después de algo similar a un pequeño descanso se liberó de la nieve que lo envolvía y descansó hasta que vio el cielo estrellado. Descansó boca abajo sobre su pecho, preguntándose dónde estaba y qué le había sucedido. Exploró sus miembros y descubrió que varios botones habían desaparecido y que su abrigo se le había enrollado en torno a la cabeza, la navaja se le había salido del bolsillo, había perdido el sombrero aunque él se lo había atado por debajo de la barbilla. Recordó que había estado buscando piedras sueltas para alzar un trecho de la pared del refugio. Su piolet había desaparecido. Comprendió que debía de haberse caído y miró para ver, exagerado por la pálida luz de la luna creciente, el tremendo recorrido que había hecho. Durante un rato permaneció inmóvil contemplando, con la mente en blanco, aquel pálido acantilado que se erguía a gran altura por encima de él, emergiendo por momentos de la marea de la oscuridad que retrocedía. Su belleza misteriosa y fantasmal le dejó pasmado durante un tiempo y entonces le sobrevino un paroxismo de entrecortada risa...

Después de un largo intervalo de tiempo se dio cuenta de que estaba en la parte inferior de la nieve, por debajo de ésta había una cuesta practicable iluminada por la luna. Vio la apariencia quebrada y oscura del césped diseminado por entre las rocas. Se esforzó por ponerse de pie, con dolor en todas sus articulaciones y miembros. Salió con dificultad de la nieve suelta que le rodeaba y bajó hasta que se halló en el musgo, donde más que tumbarse se dejó caer junto a una roca. Bebió un buen trago de la cantimplora de su bolsillo interior y al momento se quedó dormido; le despertó el canto de los pájaros desde los árboles de mucho más abajo. Se incorporó y se dio cuenta de que estaba en un pequeño altozano a los pies del enorme precipicio surcado por la hondonada por la que él había caído envuelto en nieve; por encima y frente a él otra pared de roca se erguía contra el cielo. La barranca entre estos precipicios iba de Este a Oeste y estaba llena de la luz de la mañana que iluminaba hacia el Oeste la masa de montaña caída que obstruía la garganta que bajaba por debajo de lo que, de hecho, parecía un precipicio igualmente inclinado, por detrás de la nieve, en la garganta, había una especie de chimenea hendida que goteaba agua de nieve por la que un hombre desesperado se atrevería a bajar. Lo halló más fácil de lo que pensaba, llegó al fin a otro solitario montículo, entonces, después vino la escalada de una roca sin dificultad notable y llegó a una empinada cuesta con árboles. Tomó sus cosas y volvió el rostro hacia lo alto de la garganta pues él vio que se abría por encima de los prados verdes entre los cuales vislumbró con claridad un enjambre de cabañas de piedra bastante extrañas. En ocasiones su avance fue como trepar por la superficie de un muro y, después de un tiempo, el sol creciente cesó de incidir sobre la barranca, las voces de los pájaros canoros se callaron y en torno suyo el aire se hizo frío y puro. Pero el lejano valle con sus casas se hizo por eso más nítido. Llegó enseguida a un talud, y entre las rocas descubrió, pues era un hombre observador, un helecho desconocido que se agarraba a las rocas con manos intensamente verdes; cogió un matojo o ramo y masticó su tallo y notó que era útil.

A eso del mediodía, salió por fin de la garganta al llano y la luz del sol. Se sentía anquilosado y agotado; se sentó a la sombra de una roca, llenó su cantimplora con el agua de un manantial, se la bebió y se quedó descansando un rato antes de ir hacia las casas. Le parecieron algo extraño, e incluso la propia apariencia del valle se volvía, según lo miraba, más misteriosa e insólita. La mayor

parte de la superficie era de prados exuberantes esmaltados por muchas y variadas flores, regados con extraordinario esmero que daban a entender la evidencia de un cultivo sistemático parcela a parcela. Más arriba, y rodeándolo como un anillo, había un muro que parecía ser un conducto de agua en forma de circunferencia del que salían pequeños surtidores de agua o chorritos que alimentaban las plantas del valle. En las laderas más altas y por encima del valle, rebaños de llamas pacían los escasos pastos, cobertizos, aparentemente refugios o lugares de alimento para las llamas se alzaban adosados al muro por aquí y por allá. Los canalillos de riego bajaban juntos hacia un canal principal en el centro del valle, este canal iba encauzado por un muro que alcanzaba la altura del pecho. Esto confería una notable calidad urbana a este recoleto lugar, una calidad que aumentaba notablemente por el hecho de que un número de senderos pavimentados con piedras blancas y negras y cada uno con un curioso bordillo a los lados, discurrían en todas las direcciones de un modo ordenado. Las casas de la parte central del pueblo eran completamente diferentes a las aglomeraciones casuales y revueltas de las aldeas de montaña que él conocía. Se alzaban en una hilera continua a ambos lados de una calle central de sorprendente limpieza, por doquier las fachadas en parte coloreadas se veían perforadas por una única puerta, ni una sola ventana rompía la lisa y monótona fachada. Estaban en parte coloreadas con extraordinaria irregularidad, enjalbegadas con una especie de yeso que era unas veces gris, otras veces ocre, otras color pizarra o marrón oscuro y fue la visión de este insólito encalado lo que trajo, por primera vez la palabra “ciego” a los pensamientos del explorador. El buen hombre que hizo esto, pensó, debía de estar tan ciego como un topo.

Descendió por un lugar escarpado y de este modo llegó al muro y al canal que recorrían el valle, donde el canal lanzaba sus caños de agua sobrante a las profundidades de la garganta formando una cascada fina y temblorosa. Ahora podía ver un número de hombres y mujeres descansando sobre apilados montones de hierba, como si estuviesen echándose la siesta en la parte más remota del prado y más cerca del pueblo pudo ver un número de niños recostados y más cerca todavía, al alcance de la mano, tres hombres que llevaban baldes en horquillas por un pequeño sendero que iba desde el muro circundante hacia las casas. Estos tres últimos iban vestidos con ropas de lana de llama y las botas y cinturones eran de cuero, llevaban gorros de tela que les cubrían la nuca y las orejas. Iban uno tras otro en una única fila caminando lentamente y bostezando mientras caminaban como hombres que hubiesen estado levantados toda la noche. Había algo tan sólidamente próspero y respetable en su porte mientras caminaban que después de un momento de vacilación Núñez se puso de pie sobre la roca del modo más evidente que le fue posible y dejó escapar un poderoso grito que resonó en todo el valle. Los tres hombres se pararon y movieron la cabeza de un lado a otro como si estuviesen mirando alrededor y Núñez gesticuló con ostentación. Pero ellos parecían no verle. A pesar de sus gestos, y después de un tiempo, dirigiéndose a las montañas lejanas de la derecha gritaron como respuesta. Núñez voceó una y otra vez mientras gesticulaba en vano; la palabra “ciego” afloró otra vez en su pensamiento. “Esos tontos deben de ser ciegos”, dijo.

Al final, después de mucho gritar y enfurecerse, Núñez cruzó el riachuelo por un pequeño puentecillo, atravesó el muro por una puerta y se aproximó a ellos. Estaba seguro de que eran ciegos. Estaba seguro de que aquel era el País de los Ciegos del que hablaban las leyendas. La convicción había brotado en él con la certeza y la sensación de estar viviendo una envidiable y gran aventura. Los tres permanecían uno junto al otro, sin mirarle, pero con sus oídos aguzados dirigidos hacia él, juzgándole por sus desconocidos pisadas. Se mantuvieron muy juntos, como hombres que están un poco asustados y él pudo ver sus párpados cerrados y hundidos como si los globos oculares

de debajo se hubiesen encogido completamente. Había en sus rostros una expresión cercana al pavor.

–Un hombre– dijo uno en un español difícilmente reconocible. Es un hombre o un espíritu que baja de las rocas.

Núñez avanzó con los pasos confiados de un joven que irrumpe en la vida. Todas las historias del valle perdido y del País de los Ciegos habían vuelto a su mente y por su pensamiento circulaba como un estribillo el viejo refrán:

“En el País de los Ciegos el tuerto es el rey”

“En el País de los Ciegos el tuerto es el rey”

Entonces, muy cortésmente, les saludó. Les habló y usó sus ojos.

–¿De dónde viene, hermano Pedro? preguntó uno.

–De entre las rocas–

–Vengo del otro lado de las montañas –dijo Núñez– Del país de más allá, de allí donde los hombres pueden ver, de cerca de Bogotá, donde hay cientos de miles de personas y el límite de la ciudad se pierde a la vista.

–¿Vista?– masculló Pedro ¿Vista?

–Baja de entre las rocas –dijo el segundo hombre ciego.

Vio Núñez que la tela de sus abrigos estaba confeccionada con un estilo curioso, cada una con una distinta modalidad de costura. Le sobresaltaron con un movimiento simultáneo hacia él, cada uno de ellos con una mano extendida. Él retrocedió ante el avance de aquellos dedos extendidos.

–¡Ven aquí!– dijo un ciego siguiendo este movimiento y agarrándole con precisión.

Sujetaron a Núñez y lo palparon por todas partes, no diciendo nada más hasta que hubieron concluido.

–¡Con cuidado! – gritó cuando le tocaron un ojo con los dedos, y notó que ellos pensaban que aquel órgano, con sus párpados inquietos, era una cosa rara en él y volvieron a revisarlo.

–Una extraña criatura, Correa – dijo el que se llamaba Pedro. Palpa la aspereza de su cabello; parece pelo de llama.

–Áspero como las rocas que lo engendraron – dijo Correa inspeccionando la barbilla sin afeitarse de Núñez con una mano suave y ligeramente húmeda. Quizá se vaya ofinando.

Núñez forcejeó un poco bajo el examen, pero lo agarraron con firmeza.

–¡Con cuidado! – dijo de nuevo.

–¡Habla! – dijo un tercer hombre. Ciertamente es un hombre.

–¡Aagg! – dijo Pedro ante la aspereza de su abrigo.

–¿Y tú has entrado en el mundo? – preguntó Pedro

–He salido del mundo, más bien, por las montañas y los glaciares, justo por allá arriba, entre esto y el sol. He salido del vasto y gran mundo que desciende hasta el mar después de un viaje de doce días.

Apenas le prestaban atención.

–Nuestros padres nos contaron que hombres podían ser creados a partir de las fuerzas de la naturaleza, dijo Correa. Es lo cálido de las cosas y la humedad y la podredumbre, la podredumbre.

–Llévemole ante los ancianos, dijo Pedro

–Grita primero, dijo Correa. No vaya a ser que los niños se asusten. Éste es un acontecimiento extraordinario.

Gritaron y Pedro fue el primero que tomó a Núñez de la mano para conducirlo hacia las casas.

–Núñez retiró la mano. Yo puedo ver – dijo

–¿Ver?– dijo Correa.

–Sí, ver. Dijo Núñez volviéndose a él y tropezándose con el balde de Pedro.

–Sus sentidos son todavía imperfectos – dijo el tercer hombre – tropieza y dice palabras sin sentido, llevadlo de la mano

–Como queráis– murmuró Núñez mientras lo conducían riendo.

Parecía que no sabían nada de la vista.

–Bien, a su debido tiempo les enseñaría.

Oyó gente que gritaba y vio un número de figuras que se reunían en el camino central del pueblo.

Comprobó que aquel primer encuentro con la población de El País de los Ciegos le agotaban paciencia y nervios más de lo que había supuesto. El lugar parecía más grande según se iba acercando a él y los encalados cada vez más raros y una multitud de hombres y mujeres (le complació comprobar que algunas de las mujeres y las niñas tenían rostros muy dulces a pesar de

que los ojos estaban hundidos y cerrados) le rodearon agarrándole, tocándole con manos audaces y sensibles y olisqueándole y escuchando cuanto decía. Descubrió que algunas de las doncellas y niñas se mantenían distantes como si tuviesen miedo, y desde luego su voz les parecía bronca y ruda al lado de sus propios tonos que eran más suaves. Le rodeaban, sus tres guías se mantuvieron muy cerca de él con esfuerzo como si fuesen sus propietarios y decían una y otra vez: “Un hombre salvaje salido de entre las rocas”.

–Bogotá –él dijo– Bogotá– Por encima de los picos de las montañas–

–Un hombre salvaje que usa palabras salvajes– dijo Pedro. ¿Oísteis eso de Bogotá?. Su mente está todavía sin formar. Sólo tiene los rudimentos del lenguaje.

Un niño le mordió la mano. Bogotá– exclamó en son de burla.

–¡Ay! Una ciudad comparada con vuestra aldea. Yo vengo del gran mundo, donde los hombres tienen ojos y ven.

–Su nombre es Bogotá– dijeron.

–Tropezó, dijo Correa, tropezó dos veces mientras veníamos hacia aquí.

–Llévalo ante los ancianos.

Y le empujaron de repente a través de un portal a una habitación tan negra como un foso, salvo que en un extremo se veía el fulgor de un fuego. La multitud se cerró tras él y cerraron todo salvo el resplandor del día y antes de poderlo impedir se había caído cuan largo era a los pies de un hombre sentado. Su brazo, estirado, golpeó el rostro de alguien mientras caía, sintió el suave impacto de las facciones y oyó un grito de verdadero enfado y por un momento luchó contra un número de manos que lo agarraban. Era una pelea desigual. Tubo un atisbo de la situación y se quedó tranquilo.

–Me caí. Yo no podía ver en esa oscuridad de fosa. Hubo una pausa, tal como si las personas invisibles que le rodeaban intentasen comprender sus palabras. Entonces la voz de Correa dijo:

–Está recién hecho. Tropieza mientras camina y mezcla palabras que nada significan en su discurso.

Otros también decían cosas sobre él: que oía o entendía de un modo incorrecto.

–¿Me puedo incorporar? – preguntó durante una pausa. Ya no volveré a pelearme con vosotros.

Consultaron y le dejaron alzarse.

La voz de un anciano comenzó a hacerle preguntas. Núñez se encontró a sí mismo tratando de explicar el gran mundo del que había caído y el cielo y las montañas y la vista y maravillas similares a estos ancianos sin vista que estaban sentados en la oscuridad en el País de los Ciegos y

ellos no querían creer y ni siquiera entendían muchas de sus palabras. Durante catorce generaciones estas gentes habían estado ciegas e incomunicadas con todo el mundo de los videntes. Los nombres para todas las cosas de la vista se habían desvanecido y cambiado. La historia del mundo exterior se había borrado y convertido en un cuento de niños; habían dejado de preocuparse de cualquier otra cosa más allá de las cuevas rocosas que estaban por encima del muro que los rodeaba. Hombres ciegos geniales habían surgido entre ellos y habían puesto en tela de juicio los retazos de creencias y tradiciones que habían conservado de sus días de videntes, y habían desechado todas esas cosas como vagas fantasías y las habían reemplazado por explicaciones más recientes, más sensatas. La mayor parte de su imaginación se había atrofiado con sus ojos y habían recreado para sí mismos nuevas imaginaciones con sus oídos aún más sensibles y con el tacto de las yemas de sus dedos. Lentamente Núñez se dio cuenta de esto, que sus expectativas de provocar asombro y reverencia ante su origen y sus dones no habrían de ser satisfechas; y después de su torpe intento para explicarles la vista, hubiese sido descartado como la confusa versión de un ser recién formado que intenta describir las maravillas de sus sensaciones incoherentes, él se sosegó, y un poco defraudado accedió a escuchar las lecciones. Y el más anciano de entre los ciegos le explicó la vida, la filosofía y la religión, cómo el mundo, refiriéndose a su valle, había sido al principio un hoyo vacío entre las rocas y luego habían llegado los animales sin el don del tacto y llamas y unas pocas criaturas apenas dotadas de inteligencia y luego los hombres y finalmente los ángeles a los que uno podía oír cantar y revolotear, pero a los que nadie podía en absoluto tocar, lo que sorprendió mucho a Núñez hasta que pensó en los pájaros. Prosiguieron contando a Núñez cómo el tiempo había sido dividido en lo cálido y en lo frío que son los equivalentes ciegos del día y de la noche y cómo era razonable dormir cuando hacía calor y trabajar cuando hacía frío. De modo que ahora, de no ser por su llegada, todo el pueblo de los ciegos hubiesen estado dormidos. Él dijo que Núñez debía de haber sido creado especialmente para aprender y ponerse al servicio de la sabiduría que ellos había adquirido y que a pesar de toda su incoherencia mental y su torpe comportamiento tenía que ser valiente y esforzarse en aprender, ante esto toda la gente del portal murmuró animándole. Él dijo que la noche, pues ellos llamaban al día noche, había pasado y que era conveniente que todo el mundo fuera a dormir. Preguntaron a Núñez si él sabía dormir, dijo que sí pero que antes del sueño quería alimento.

Le trajeron comida, leche de llama en un cuenco y pan salado y tosco y le condujeron a un lugar solitario para que pudiese comer sin ser oído, y después pudiese dormir hasta que el frescor del atardecer de las montañas les despertara para comenzar de nuevo su día. Pero Núñez no dormitó en absoluto.

En vez de esto permaneció incorporado en el mismo lugar donde le habían dejado permitiendo que sus miembros descansaran y dando vueltas en su mente a las circunstancias que precedieron a su llegada.

De vez en cuando reía, en ocasiones divertido, otras con indignación. ¡Mente informe. Todavía sin sentidos! Lejos estaban ellos de pensar, se dijo, que han estado insultando a su rey y maestro enviado por el cielo. Veo que he de hacer que entren en razón. Tengo que pensar, tengo que pensar.

Todavía seguía pensando cuando se puso el sol.

Núñez sabía apreciar las cosas bellas y le pareció que el fulgor sobre los campos de nieve y los glaciares que se alzaban en torno al valle eran la cosa más hermosa que había visto en su vida.

Sus ojos iban desde aquella inaccesible gloria al pueblo y los bien regados campos que rápidamente se sumergían en el crepúsculo. De pronto le sobrevino una oleada de emoción y dio gracias a Dios desde el fondo de su corazón por el don de la vista que le había dado. Oyó una voz que le llamaba desde afuera de la aldea:

–¡Bogotá! ¡Ea! ¡Bogotá! ¡Ven aquí!

Él se puso en pie sonriendo. Mostraría a estas gentes de una vez por todas lo que significaba la vista para un hombre. Le buscarían pero no le hallarían.

–¡No te muevas, Bogotá!– dijo la voz.

Se ríe sin ruido y dio cautelosos pasos junto al sendero multicolor.

–¡No pises la hierba, Bogotá! –dijo la voz –¡No está permitido!

Núñez apenas había oído el sonido que él mismo había hecho. Se paró perplejo.

El dueño de la voz subió corriendo hacia él por el sendero de abigarrados colores. Él retrocedió por el sendero y dijo – ¡Aquí estoy!

–¿Por qué no viniste cuando te llamé?– dijo el ciego– ¿Hay que llevarte como a un niño? ¡No puedes oír el sendero al caminar!

Núñez ríe. Yo puedo verlo – dijo.

–La palabra ver no existe, dijo el ciego, después de una pausa. ¡Déjate de locuras y sigue el sonido de mis pies.

Núñez siguió un poco fastidiado.

–Ya llegará mi hora, dijo.

–Aprenderás, respondió el ciego. Hay mucho que aprender en el mundo.

–¿No te ha dicho nadie que “En el País de los Ciegos el tuerto es el rey?”

–¿Qué es ciego?, preguntó el ciego inesperadamente por encima del hombro.

Pasaron cuatro días y el quinto halló al rey de los ciegos viviendo todavía de incógnito, como un desconocido torpe e inútil entre sus súbditos.

Comprobó que era mucho más difícil de lo que había supuesto entronizarse a sí mismo y entre tanto, mientras meditaba sobre su *Coup d'état*⁴, hizo lo que se le dijo que hiciera y aprendió los usos y costumbres del País de los Ciegos. Le parecía una cosa particularmente pesada trabajar y deambular de noche, y decidió que esa sería la primera cosa que él cambiaría. Estas gentes llevaban una vida sencilla y laboriosa, con todos los elementos de la virtud y la felicidad, tal y como estas cosas pueden ser entendidas por los hombres. Se afanaban pero no de un modo opresivo, tenían alimento y ropas suficientes para sus necesidades. Tenían días y temporadas para el descanso, tenían mucha música y cánticos y había amor entre ellos y niños pequeños.

La seguridad y precisión con que ellos se movían por su ordenado mundo eran maravillosas, sabes. Todo había sido hecho para cubrir sus necesidades; cada uno de los senderos radiales del área del valle tenía un ángulo constante respecto a los otros y se distinguía por una muesca especial en sus bordillos. Todos los obstáculos e irregularidades de los senderos y los prados habían sido eliminados hacía mucho tiempo; todos sus métodos y procedimientos se desprendían de un modo natural de sus necesidades específicas. Sus sentidos se habían agudizado extraordinariamente, podían oír y juzgar el gesto más ligero de un hombre que estuviera a doce pasos de distancia. Podían hasta oír los latidos de un corazón. Hacía mucho tiempo que entre ellos la entonación había reemplazado a la expresión y el tacto al gesto; y llevaban a cabo su trabajo con la azada y la pala con la misma libertad y precisión que cualquier jardinero. El sentido del olfato era tan extraordinariamente fino que podían distinguir diferencias individuales con la rapidez de un perro, e iban de un lugar a otro para apacentar las llamas que vivían en lo alto de las rocas y llegaban al muro para hallar alimento y cobijo con tranquilidad y confianza. Fue sólo cuando Núñez intentó hacer valer sus derechos cuando comprobó cuán fáciles y seguros podían ser sus movimientos.

Sólo se rebeló después de haber intentado la persuasión, intentó al principio, en varias ocasiones, hablarles de la vista: – ¡Mirad por aquí, vosotros, gentes! –dijo– Hay cosas en mí que no entendéis.

Una o dos veces, uno o dos de ellos le habían prestado atención; se sentaron con los rostros hacia el suelo y las orejas inteligentemente dirigidas hacia él, hizo todo lo posible para contarles lo que era ver. Entre sus oyentes había una muchacha, una niña con los párpados menos hundidos y rojos que los otros, de modo que él podía imaginarse que ella estaba ocultando los ojos, a la cual él esperaba especialmente persuadir... Él les habló de las bellezas de la vista, de contemplar las montañas, del cielo, del amanecer y ellos le oían con una divertida incredulidad que pronto vino a ser condenatoria. Le dijeron que, ni siquiera había montañas, sino que el final de las rocas, donde las llamas pacían, era también el final del mundo y que de allí partía el cavernoso techo del universo del cual caían el rocío y los aludes y cuando él mantenía con tesón que el mundo no tenía fin ni techo, ellos apasionadamente le decían que las suyas eran ideas perversas. Mientras él podía describirles el cielo, las nubes y las estrellas les parecía a ellos un horrendo espacio vacío, una temible oscuridad, un horrendo espacio en blanco en lugar de la lisa techumbre para las cosas en las que ellos creían; era entre ellos un artículo de fe que el techo de la caverna era exquisitamente liso al tacto. Él vio que de ningún modo les impresionaba y abandonó totalmente este aspecto del tema. Y trató de mostrarles el valor práctico de la vista. Una mañana vio a Pedro viniendo hacia las casas centrales, pero estaba aún demasiado lejos para ser oído u olfateado, y les dijo: “Dentro de un poco – profetizó – Pedro estará aquí”. Un anciano dijo que Pedro no tenía nada que hacer en el sendero Diecisiete, y entonces, como confirmación, aquel individuo, mientras se acercaba, se dio la vuelta y

4 En francés en el original.

cruzó transversalmente por el sendero diez y de vuelta, con ágiles pies, hacia el muro exterior. Se burlaron de Núñez cuando Pedro no llegó y, después, cuando Núñez hizo preguntas a Pedro para salvar su reputación, Pedro lo negó y bajó la cabeza y después se volvió hostil hacia él. Entonces les indujo a que lo dejaran un largo trecho por los prados en declive hacia el muro, acompañado por un individuo complaciente y él le prometió describir todo cuanto sucedía entre las casas.

Percibió varias idas y venidas, pero las cosas que realmente parecían tener interés para estas gentes sucedían dentro o detrás de las casas sin ventanas. Las únicas cosas que ellos señalaban para probarle eran cosas de las que él no podía ver ni decir nada, y fue después de este intento fallido y las burlas que ellos no pudieron reprimir, cuando él recurrió a la fuerza. Pensó en coger una pala y sin previo aviso derrumbar a uno o dos de ellos y así, en justo combate, mostrarles la ventaja de los ojos. Llegó tan lejos en esta resolución como para agarrar la pala y entonces descubrió algo nuevo sobre sí mismo y es que le era imposible golpear a un ciego a sangre fría.

Vaciló y descubrió que todos ellos se habían dado cuenta de que él había asido la pala. Permanecieron alerta, con las cabezas hacia un lado y los oídos vueltos hacia él para saber qué iba a hacer a continuación.

—¡Baja esa pala! — dijo uno y sintió una especie de horror impotente que le hizo estar a punto de obedecer. Entonces arrojó a uno de espaldas contra el muro de una casa y huyó pasando a su lado y salió del pueblo.

Fue cruzando por uno de sus prados, dejando un rastro de hierba pisada tras de sí y al poco se sentó junto a uno de los caminos. Sentía esa especie de excitación que sobreviene a todos los hombres al comienzo de una pelea, pero con más perplejidad. Comenzó a darse cuenta de que ni siquiera se puede luchar a gusto con criaturas que tienen una base mental diferente a la tuya. A lo lejos vio un número de hombres que llevaban palas y garrotes y que salían de la calle de las casas y avanzaban hacia él en una desplegada línea entre los varios senderos. Avanzaban lentamente y con frecuencia se hablaban unos a otros y una vez y otra todo el cordón se paraba, olisqueaba el aire y escuchaba. La primera vez que hicieron esto Núñez se rio, pero luego no rio más, uno descubrió su rastro en la hierba del prado y vino inclinándose y tanteando el camino para averiguar la dirección que debía seguir. Durante cinco minutos él vigiló las lentas evoluciones del cordón y su vaga disposición para hacer algo sin dilación se volvió frenética. Se puso en pie y dio un paso, o cosa así, hacia el muro circunferencial, retrocedió un pequeño trecho. Allí permanecían todos, dispuestos en semicírculo y a la escucha. Él también se estuvo quieto, asiendo con fuerza su pala con ambas manos ¿Debería cargar contra ellos?

Su pulso le latía en los oídos al ritmo de “En el País de los Ciegos el tuerto es rey”.

¿Debería cargar contra ellos?

Se dio la vuelta para mirar hacia el muro inaccesible y alto que estaba detrás, inescalable a causa de su encalado liso, pero, con todo, perforado por muchas puertecillas, y ante la creciente proximidad de la fila de buscadores, tras ellos venían ahora otros de la calle de las casas.

¿Debería atacarlos?

¡Bogotá! – gritó uno – ¡ Bogotá! ¿Dónde estás?

Agarró su pala con más fuerza todavía y avanzó bajando a los prados, hacia el lugar de las viviendas, en cuanto se movió ellos convergieron hacia él.

“Los mataré si me tocan”. Se prometió. “Por los cielos que lo haré”. ¡Los golpearé! – gritó:

¡Mirad! Voy a hacer lo que me dé la gana en este valle ¿Oís? Voy a hacer lo que quiera e iré a donde me dé la gana!

Se movían hacia él con rapidez, a tientas pero moviéndose con agilidad, era como jugar a la gallina ciega con todos tapados menos uno.

¡Agarradle! – gritó uno. Él se encontró en el arco de una desperdigada curva de perseguidores que se movía. Sintió que tenía que actuar con decisión.

¡No entendéis! Gritó con una voz que pretendía ser potente y decidida pero que se quebró. Vosotros sois ciegos y yo puedo ver ¡Dejadme en paz!

¡Bogotá, baja esa pala y sal de la hierba!

La última orden, grotesca en su educada familiaridad, le produjo una oleada de rabia.

¡Os haré daño! dijo sollozando de emoción ¡Por Dios que os haré daño! ¡Dejadme en paz!

Comenzó a correr sin saber claramente hacia dónde corría, corrió desde el ciego más próximo porque le daba horror golpearle... Se paró y luego dio una veloz carrera para escapar de sus cerradas filas. Se dirigió hacia donde el hueco era más ancho y los hombres de cada lado, con la rápida percepción de la aproximación de sus pasos, se apresuraron a juntarse. Saltó hacia delante y vio que iba a ser cogido y “Swish!” la pala había golpeado, sintió el ruido blando de un golpe sordo contra la mano y brazo, el hombre cayó con un aullido de dolor y él salió fuera del cerco.

¡Libre! Y enseguida se halló cerca de la calle de las casas de nuevo y unos hombres ciegos blandiendo palas y estacas corrían con celeridad con una especie de razonada rapidez de un lado a otro. Justo a tiempo oyó pasos tras él y se encontró con un hombre alto que, guiado por el ruido que él emitía, se precipitaba hacia él golpeando. Perdió los nervios, arrojó la pala como a una yarda de distancia contra su antagonista y giró y huyó chillando mientras esquivaba a otro.

Le invadía el pánico. Corrió con furia de un lugar a otro, esquivando cuando no había necesidad de esquivar, en su ansia de ver todos los lados a la vez tropezaba y se tambaleaba. En un momento dado se cayó y todos oyeron su caída. Lejos, en el muro circundante, una portezuela le pareció la gloria celestial y echó a correr frenéticamente hacia ella. Incluso no miró en torno, hacia sus perseguidores hasta que llegó a ella. Él había tropezado al cruzar el puente y trepado un poco por las rocas ante el asombro y desazón de una llama joven que se fue brincando hasta perderse a la vista y él se tumbó jadeante para tomar aliento.

Y así su “*Coup d'état*” llegó a su fin.

Permaneció fuera del muro del Valle de los Ciegos durante dos noches y dos días; sin alimento ni cobijo. Meditó sobre lo inesperado. Durante estas meditaciones se repetía a sí mismo frecuentemente y siempre con una nota más profunda de mofa el explotado dicho: “En el País de los Ciegos el tuerto es el rey”. Pensó principalmente en alguna forma de luchar contra esta gente y conquistarla, y llegó a la conclusión de que no había un modo practicable. No tenía armas y ahora sería difícil conseguir una.

La lacra de la civilización se había hecho con él, incluso en Bogotá, no se veía a sí mismo bajando y asesinando a un ciego. Desde luego, si él hiciese esto, él podría entonces imponer sus condiciones con la amenaza de matarlos a todos. Pero, tarde o temprano, ¡Tendría que dormir! También intentó hallar alimento entre los pinos, acomodarse bajo sus ramas mientras helaba por la noche y, con menos convicción, cazar una llama por medio de alguna estratagema para intentar matarla, quizá golpeándola con una piedra, y así, finalmente, comerse un pedazo. Pero las llamas no se fiaban de él y le miraban con ojos castaños y desconfiados y escupían cuando se acercaba. Al segundo día le sobrevino el miedo y accesos de tiritona. Finalmente bajó gateando hasta el muro del País de los Ciegos e intentó llegar a un acuerdo con ellos. Gateó a lo largo del arroyuelo gritando hasta que dos ciegos salieron a la entrada y le hablaron:

Estaba loco –decía – Pero era tan sólo que estaba recién hecho.

Dijeron que eso estaba mejor.

Él les dijo que estaba más cuerdo y arrepentido de lo que había hecho. Entonces lloró sin intención porque ahora estaba muy débil y enfermo. Ellos lo tomaron como un signo favorable.

Le preguntaron si creía todavía que él podía ver.

Dijo que eso era una locura. La palabra no significaba nada, menos que nada.

Le preguntaron qué había por arriba.

–Como a unas cien veces la altura de un hombre hay un techo sobre el mundo, de roca, muy muy lisa. De nuevo estalló en lágrimas de histeria.

–Antes de que me preguntéis más dadme algo de comer, algo de alimento o me moriré–.

Él esperaba horribles castigos, pero aquellos ciegos eran capaces de practicar la tolerancia. Ellos no consideraron su rebelión sino como una prueba de idiotez general y su inferioridad, y después de que lo hubieron azotado le encargaron los trabajos más simples y más pesados que podían encargarse a alguien. Y él, no viendo otro modo de vivir, hizo humildemente lo que se le ordenó.

Estuvo enfermo durante unos días y le cuidaron con solicitud. Esto aumentó su sumisión. Pero insistían en que él yaciera a oscuras y eso era una gran desgracia. Acudieron filósofos ciegos y le hablaron de la maligna levedad de su mente y le rebatieron de un modo tan impresionante sus dudas

acerca de la tapadera de roca que cerraba su olla cósmica que llegó a pensar si no era, en efecto, víctima de una alucinación al no verla sobre su cabeza.

Así Núñez se convirtió en un ciudadano del País de los Ciegos, y aquellas gentes dejaron de ser gentes en general para venir a ser personas concretas y conocidas para él, mientras el mundo, más allá de las montañas, se hacía cada vez más remoto e irreal. Estaba Jacob, su amo, un hombre amable cuando no estaba enfadado. Estaba Pedro, sobrino de Jacob y estaba Medina–Saroté que era la hija menor de Jacob. Era poco apreciada en el País de los Ciegos porque tenía el rostro de corte cincelado y le faltaba aquel atractivo lustre o tersura que era el ideal de belleza femenina entre los ciegos, pero Núñez al principio la vio hermosa y enseguida la cosa más hermosa de la creación. Sus cerrados párpados no estaban tan hundidos ni tan rojos como era lo habitual en el valle, sino que se mostraban como si pudiesen abrirse en cualquier momento y tenía largas pestañas, cosa que era considerada como un grave defecto o deformidad y su voz era potente y grave y no satisfacía al agudo oído de los zagales del valle así que no tenía enamorado.

Llegó un tiempo en que Núñez pensó que si la conquistaba él se resignaría a vivir en el valle por el resto de sus días.

La espiaba; buscaba la ocasión de hacerle pequeños servicios y pronto se dio cuenta de que ella le observaba. Una vez en una reunión de un día de descanso se sentaron el uno junto al otro a la pálida luz de las estrellas y la música era dulce. Su mano topó con la de ella y se atrevió a agarrarla. Entonces ella, muy tiernamente, le devolvió su presión. Un día, mientras estaban comiendo en la oscuridad, él sintió su mano buscándole suavemente y, como por casualidad, el fuego se animó y él pudo ver la ternura de su rostro. Intentó hablar con ella.

Un día se fue hacia ella cuando estaba sentada bajo la luna estival hilando. La luna hacía de ella una cosa de plata y misterio. Él se sentó a sus pies y le dijo que la amaba y le dijo cuán hermosa le parecía a él. Tenía la voz de un enamorado, le hablaba con una reverencia muy cercana al temor y ella nunca se había sentido adorada.

No le dio una respuesta definitiva, pero estaba claro que sus palabras le habían complacido. Después de aquello se hablaban siempre que podían. El valle se convirtió para él en el mundo y el mundo más allá de las montañas, donde los hombres vivían bajo la luz del sol, no le parecía más que un cuento de hadas que algún día le contaría a ella al oído. Tanteando mucho y tímidamente le habló a ella de la vista.

La vista le parecía a ella la más poética de las fantasías y escuchaba su descripción de las estrellas y las montañas y de su propia belleza iluminada de blanco, con ánimo culpable. Ella no le creía y solamente le entendía a medias, pero estaba misteriosamente fascinada, a él le parecía que ella lo entendía todo. El amor le hizo perder el miedo y envalentonarse. Muy pronto él se vio inclinado a pedírsela a Jacob en matrimonio, pero a ella le entró miedo y aplazó la propuesta, y fue una de sus hermanas mayores quien primero dijo a Jacob que Medina–Saroté y Núñez estaban enamorados.

Desde el principio hubo una fuerte oposición al matrimonio de Núñez y Medina–Saroté, no tanto porque ellos valorasen a Mediana–Saroté sino porque seguían considerándolo a él como un ser aparte, una cosa torpe e incompetente, por debajo del nivel admisible en un hombre. Las hermanas

de ella se opusieron a ello tan amargamente argumentando que esa unión les desacreditaría a todos; y el viejo Jacob, a pesar de que había acabado por desarrollar una especie de afecto hacia este siervo torpe y obediente, movía la cabeza y decía que aquello no podía ser. Todos los jóvenes estaban molestos ante la idea de corromper la raza y uno llegó tan lejos como para insultar y golpear a Núñez. Él le devolvió el golpe. Entonces, por primera vez, halló la ventaja de ver, incluso en el crepúsculo. Después de que esta pelea hubo acabado ninguno se atrevió a alzar una mano contra él. Pero seguían pensando que el matrimonio era imposible. Jacob sentía una especial ternura por la más joven y última de sus hijas y le apenaba que viniese a llorar sobre su hombro.

Ves, querida, es un idiota, tiene alucinaciones; no sabe hacer nada bien.

–Lo sé– lloraba Medina–Saroté– pero está mejor de lo que estaba. Está mejorando y es más fuerte, padre querido, y es más amable que cualquier otro hombre en el mundo, y él me ama, papá, y yo le quiero.

El viejo Jacob se sentía muy apenado ante el desconsuelo de ella, y, además, cosa que hacía el asunto más penoso, a él le gustaba Núñez por muchas cosas. Así que fue y se sentó en la sala sin ventanas del consejo con los otros ancianos y estaba atento para ver qué sesgo tomaban las conversaciones y dijo, en el momento adecuado: Está mejor de lo que estaba y muy probablemente algún día encontraremos que está tan cuerdo como nosotros. Entonces, después, uno de los ancianos que estaba sumido en profunda meditación, tuvo una idea. Él era un gran doctor entre estas gentes, su hechicero, tenía una mente muy filosófica y de gran inventiva, y la idea de curar a Nuñez de sus peculiaridades le atraía. Un día, cuando Jacob estaba presente, volvió de nuevo al tema de Núñez.

He examinado a Bogotá, dijo, el caso está mucho más claro para mí; probablemente él podría ser curado.

–Eso es lo que yo he esperado siempre, dijo el viejo Jacob.

–Tiene una afección en el cerebro, dijo el doctor ciego.

Los ancianos murmuraron con asentimiento.

–Y bien, ¿Qué le afecta? ¡Ah!, dijo el viejo Jacob.

–Esto, dijo el doctor como respondiendo a sus propia preguntas. Esas cosas raras que llaman ojos y que existen para dar una agradable y suave depresión a la cara, están enfermas, y en el caso de Bogotá en tal modo que afectan a su cerebro. Están en gran manera distendidas. Tiene pestañas y sus párpados se mueven y en consecuencia su cerebro está en un estado de constante irritación y deterioro.

–¿De verdad?, dijo el viejo Jacob ¿De verdad?

–Y creo que puedo decir con razonable certeza que para curarle completamente, todo lo que necesitamos hacer es una simple y sencilla operación quirúrgica, a saber: quitar esos cuerpos irritantes.

–¿Entonces se volverá cuerdo como nosotros?

–Entonces se volverá absolutamente cuerdo y será un ciudadano admirable.

–¡Gracias a Dios por la ciencia! dijo el viejo Jacob y se fue enseguida a anunciar las felices esperanzas.

Pero el modo en que Núñez recibió las buenas nuevas le sorprendió por lo frío y desilusionado.

–Uno podría pensar por tu tono de voz que no te importa mi hija.

Fue Medina–Saroté quien persuadió a Núñez para que se pusiera en las manos de los cirujanos ciegos.

–¡Tú no quieres – dijo él– que pierda el don de la vista!

Ella meneó la cabeza.

–Mi mundo es la vista.

Ella bajó aún más la cabeza.

–Hay cosas hermosas, las pequeñas y hermosas cosas, las flores, los líquenes entre las rocas, la ligereza y suavidad de un pedazo de piel y el cielo remoto con las nubes a la deriva, los crepúsculos y las estrellas, y estás tú. Sólo por ti sola es bueno gozar de la vista, para ver tu rostro dulce, sereno. Tus labios bondadosos y tus queridas, hermosas manos entrelazadas... Son estos ojos míos los que tú has conquistado, son estos ojos los que me atan a ti, los que esos necios buscan. A cambio yo debo oírte, tocarte y no verte nunca más. Debo resignarme a meterme bajo ese tejado de roca, piedra y oscuridad, ese horrible tejado bajo el cual tu imaginación se detiene. No, tú no querrás que haga eso. Una desagradable duda se había despertado en él y se detuvo dejando la pregunta en el aire.

–A veces, dijo ella, me gustaría... e hizo una pausa.

–¿Qué?, dijo él con un poco de aprensión.

–A veces desearía que no hablastes así.

–¿Cómo?

–Ya sé que es bonito. Es tu imaginación Y me gusta, pero ahora...

–Él sintió un escalofrío, ¡Ahora!– dijo débilmente. Ella estaba sentada inmóvil.

–Tú quieres decir, tú piensas que quizás yo estaría mejor acaso... Se estaba dando cuenta de las cosas muy velozmente. Sintió enfado, rabia de verdad, ante el estúpido curso del destino y

también simpatía por la capacidad de ella para comprender, una simpatía muy cercana a la compasión.

–Querida, dijo, y pudo ver por su palidez cuán intensamente su espíritu luchaba contra las cosas que no podía decir. La rodeó con los brazos y le besó una oreja. Se sentaron en silencio durante un rato.

–¿Si lo aceptara...?– dijo él, al fin, con una voz que fue muy suave.

Ella le echó los brazos al cuello, llorando desesperadamente.

¡Oh!, si lo hicieras– sollozó– si al menos aceptaras...!

Durante la semana antes de la operación que iba a elevarle de su servidumbre e inferioridad al nivel de un ciudadano ciego, Núñez no pudo conciliar el sueño, y durante las cálidas horas de sol, mientras los otros dormían felizmente, él se sentaba a meditar tristemente, o vagaba sin rumbo, intentando hacerse a la idea o que su mente resolviera el dilema. Había dado una respuesta y había dado su consentimiento, pero todavía no estaba seguro. Y al fin pasó la hora del trabajo y el sol se alzó con esplendor sobre las crestas doradas y comenzó para él su último día de visión. Tuvo unos pocos minutos con Medina–Saroté antes de que ella se apartara para ir a dormir.

–Mañana, dijo él, ya no veré más.

–¡Amor mío!, dijo ella y le oprimió la mano con toda su fuerza. Apenas te harán daño, dijo ella, y vas a soportar este dolor, vas a padecerlo por amor a mí, querido, si un corazón y una vida de mujer pueden hacerlo, te resarciré, mi queridísimo de voz tierna, te resarciré.

Él estaba traspasado de dolor por él mismo y por ella.

La mantuvo en sus brazos y apretó sus labios contra los de ella y miró a su dulce rostro por última vez. ¡Adiós!, susurró a aquella querida visión ¡Adiós!

Entonces, en silencio, se alejó de ella.

Ella oyó los lentos pasos retirándose y algo en el ritmo de ellos le llevó a un llanto desconsolado.

Él había decidido firmemente irse a un lugar solitario, donde los prados se embellecían con unos pequeños narcisos blancos, y quedarse allí hasta que llegara la hora del sacrificio, pero, mientras se iba, alzó los ojos y vio la mañana, la mañana como un ángel con armadura dorada bajando por los acantilados.

Le pareció, ante este esplendor, que él y este mundo ciego del valle y su amor, después de todo, no eran más que un foso de pecado. No dio la vuelta como había pensado sino que siguió y cruzó el muro circundante y trepó hacia las rocas y sus ojos estuvieron siempre fijos en la nieve y el hielo iluminado por el sol.

Vio su infinita belleza y su imaginación voló sobre ellos, hasta las cosas de más allá, de muy lejos, a las que iba a renunciar para siempre.

Pensó en aquel gran mundo del que estaba apartado para siempre, el mundo que era el suyo, y tuvo una visión de aquellas remotas laderas, distancia más allá de la distancia, con Bogotá, un lugar de multitudinaria y trepidante belleza, resplandeciente de día, de noche un luminoso misterio, un lugar de palacios, montañas, estatuas y casas blancas, bellamente situada a media distancia. Pensó cómo durante un día, o dos, podía bajar por los pasos aproximándose cada vez más a sus calles bulliciosas y sus costumbres. Pensó en el recorrido por río, día tras día, desde el gran Bogotá hasta el mundo más grande aún más lejano, a través de ciudades y pueblos, selva y lugares desiertos, el rápido río, día a día hasta que sus orillas retrocedían y los grandes vapores pasaban salpicando, y uno había alcanzado el mar, el ilimitado mar, con sus miles de millares de islas y sus barcos apenas vislumbrados a lo lejos con sus incesantes viajes por todo el más amplio mundo. Y allí, sin el agobio de las cumbres, uno veía el cielo, el cielo, no como el disco que uno veía aquí, sino un arco de inconmensurable azul, profundidad de profundidades en el que las estrellas flotaban y giraban...

Sus ojos escudriñaron más detenidamente la gran cortina de montañas. Con una pesquisa más sutil, más lenta. Por ejemplo, si uno iba así, por encima de aquella hondonada y hacia aquella chimenea de allí, entonces uno podría salir muy por encima de aquellos desmedrados pinos que se extendían en una especie de cornisa y seguían subiendo cada vez más hasta pasar por encima de la garganta. ¿Y entonces?. Aquel talud podría ser franqueado. Desde allí, quizá podría encontrar un camino que trepase hasta el precipicio que venía por debajo de la nieve, y si esa chimenea fallase, otra más hacia el este podría resultarle mejor para sus fines ¿Y entonces?. Entonces uno estaría fuera, sobre la nieve iluminada de ámbar, allí y a medio camino hacia las crestas de aquellas hermosas soledades.

Echó un vistazo atrás, hacia el pueblo, se giró completamente y lo miró con fijeza.

Pensó en Medina–Saroté y ella se había vuelto pequeña y remota. Se dio la vuelta de nuevo hacia el farallón de montañas bajando el cual el día llegó hasta él.

Entonces, muy serio y circunspecto, comenzó a escalar.

Cuando llegó el ocaso ya no estaba escalando sino que se hallaba lejos y muy alto. Había estado más arriba pero todavía estaba muy alto. Sus ropas estaban rasgadas y los miembros manchados de sangre, tenía magulladuras por todas partes pero yacía tumbado como si estuviese a gusto y tenía una sonrisa en el rostro. Desde donde reposaba el valle le parecía como si fuese un hoyo y casi a una milla de distancia más abajo. Ya estaba cayendo la noche y borrosos por las brumas y las sombras, aunque las cumbres de las montañas en torno a él eran objetos de luz y fuego, los pequeños detalles de los rocas al alcance de su mano estaban traspasados de una sutil belleza. Una veta de mineral verde penetraba en el gris, y los destellos del cristal de las caras de un prisma aquí y allá relumbraban, y había unos diminutos y minuciosamente bellos líquenes de un bonito naranja muy cerca de su rostro. Había unas densas sombras en la garganta, de un azul tan intenso que venía a ser morado y el morado viraba hacia una luminosa oscuridad y por encima la iluminada inmensidad del cielo. Pero ya no prestaba atención a estas cosas, yacía totalmente inactivo, allí, sonriendo como si estuviese satisfecho meramente por haber escapado del valle en el que había creído ser rey.

El resplandor de la puesta del sol pasó y llegó la noche y todavía permanecía serenamente contento tumbado bajo las frías estrellas.